

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

|| NO LO OLVIDE NI LO DEMORE ||

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalle
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Morte impresor - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 208

25 Cts.



EL
SÉPTIMO
BANDIDO

FOR
Harry Carey
FilmTeca
(Cayena)
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 298

EL SÉPTIMO BANDIDO

Interesante drama de aventuras genialmente interpretado por el popular actor y célebre caballista
HARRY CAREY (CAYENA)

Exclusiva de

Príncipe-Films, S. Ltd.
SAN SEBASTIÁN

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

FILMS PIÑOT

Calle Valencia, 228 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
FRANK CURRIER



EL SÉPTIMO BANDIDO

Argumento de la película

I

Lejos de todo ruido de la vida moderna, en la paz campesina de las dilatadas llanuras del Oeste, se alzaba la residencia de la familia Scalon, antiguos labradores de la comarca.

En aquel apacible rancho se había conservado durante muchos años la patriarcal tradición del amor a la tierra que varias generaciones de Scalon habían regado con el sudor de su frente y fecundado con el esfuerzo de su trabajo.

Prohibida la reproducción
Revisado
por la censura gubernativa.

Sólo David Scalon, el actual propietario del rancho, sintió en sus mocedades un ansia infinita de aventuras y, aun contrariando la voluntad de sus progenitores, abandonó el campesino rincón natal y huyó a la misteriosa Texas, uniéndose a los fuertes e ilusionados buscadores de oro que, como topos, horadaban las montañas, impulsados por un afán esperanzado de próximas riquezas.

Durante diez años consecutivos permaneció David alejado de su hogar en lucha titánica y constante con la fortuna. Y si su mala suerte le impidió hallar el premio a que su ambición aspiraba, consiguió que el nombre que adoptara en el destierro se hiciese famoso entre sus compañeros, que le respetaban y temían como el del hombre más honrado y valiente que había pisado las sugestionadoras montañas auríferas.

Desgraciadamente, los padres de David murieron y, al recibir la dolorosa noticia, el aventurero comprendió que había llegado el momento de hacer alto en su azarosa vida y volver al lejano terruño donde un hermano de corta edad, huérfano y sin amparo, reclamaba su apoyo y sus cuidados.

Ante la voz de la conciencia, David no dudó ni un instante y regresó al rancho de sus mayores, decidido a reanudar las campesinas tradiciones familiares.

En la residencia de los Scalon, no se interrumpieron, por consiguiente, los trabajos de roturación y fecundación de la tierra. David se entregó a ellos con un entusiasmo y una pericia que en nada desmerecían de los que sus antecesores pusieron en la prosperidad creciente de sus modestas propiedades.

La labor diaria y la vigilancia y cariño de su hermano, el pequeño Pablo, fueron desde entonces los objetos que absorbieron por completo la energía y el corazón del antiguo aventurero.

Pablo creció rodeado de todos los mimos posibles en aquellas soledades y David se mostraba satisfecho y hasta orgulloso de su obra cuando veía crecer a su hermano fuerte y alegre, y llenaba, todas las cosechas, sus graneros de abundantes y bien cultivados frutos.

Nada faltaba en el rancho cuya tierra no se mostró más pródiga en ofrendar sus dones. La vida transcurría apacible y serena como corriente de arroyo claro que fecunda, cantando, las orillas de su cauce.

Pablito, alejado por disposición expresa de su hermano de las rudas faenas campestres, fortalecía su cuerpo y formaba su espíritu en constantes excursiones a través de la vasta llanura y de las que regresaba casi siempre con el sabroso trofeo del producto de sus aficiones de cazador.

Había cumplido ya los veinte años y era un mocetón robusto y risueño y, al mirar su rostro y continente, David creía mirarse en el espejo de sus pasados años de juventud. Y no era que el antiguo aventurero se sintiera avejado ni impotente. Llevaba con toda galanura y majeza sus treinta y ocho años, llenos de vigor y de optimismo. Sólo se sentía un poco anciano cuando tomaba en sus brazos al hermano querido que para él no había dejado aún de ser niño indefenso, y lo arrullaba y acariciaba con ternuras maternas.

Durante las veladas del rancho, David distraía a su hermano con el relato de sus pasadas aventuras, con el recuento de las múltiples incidencias de que fué héroe o testigo, allá, en las alucinadoras montañas donde, como en arcas colosales, se guardaba el rico tesoro de los yacimientos auríferos. Pablo le escuchaba, atentamente, sin perder palabra del narrador y emocionándose cuando David le refería alguna de aquellas refriegas en las que los bravos buscadores de oro dirimían sus querellas entre el fragor de la pólvora y las nubes de polvo levantadas por el caracolear de los salvajes corceles.

Sin que David pudiera sospecharlo, aquellos relatos iban despertando en el espíritu de Pablo el germen de hondas inquietudes, de afanosos deseos. Algunas veces, arrastrado por

su entusiasmo, no sabía ocultar sus pensamientos.

—¡Qué vida más hermosa, David, esa que me refieres! — exclamaba—. No sé cómo pudiste abandonarla.

II

Una tarde, cuando David se disponía a dar por terminada su labor diaria, apareció Pablo mostrando sujetas por su mano derecha, dos aves que acababa de cazar.

—Son hermosas, ¿verdad, hermano? — preguntó a David.

El labriego las contempló con piadosa mirada.

—Muy bellas — replicó—. Pero más bellas eran cuando gozaban de libertad y dicha.

—Llevas razón. Nada hay en la vida tan precioso como la libertad.

Y luego, dejando las aves sobre la roturada tierra, añadió:

—Escucha, David. Muchas veces te lo he dicho y nunca quisiste hacerme caso. También, como estas aves, yo amo la libertad. ¿Por qué me impides gozar de ella?

—Sí. Ya sé — replicó David—. Tú deseas conocer aquello, el país de las bellas ilusiones.

Pero, desgraciadamente, la región de los buscadores de oro no ofrece hoy ningún atractivo. La época de las fáciles y grandes fortunas, pasó a la historia.

—Sin embargo, yo quisiera...

—No insistas, Pablito. No seas loco. Además de las razones expuestas para negarme a tu intento, existe otra de mayor peso: te necesito a mi lado porque no podría vivir sabiéndote expuesto a los peligros de una vida aventurera.

Los dos hermanos regresaron aquella tarde sin cruzar una palabra.

Pablo preparó la cena aderezando para ello las aves por él cazadas. David las encontró sabrosísimas y alabó a Pablo sus excelentes cualidades cinegéticas y culinarias.

Pablo contestó con una forzada sonrisa. Se conocía que la conversación de la tarde dejó en su espíritu imborrable huella. Fué inútil que pretendiera romper su obstinado silencio. Ni una palabra pronunció durante la cena. Al terminar, trató de marcharse a su habitación. David lo retuvo.

—¿No me das el beso acostumbrado? ¿Te enojaste conmigo? ¿Qué te sucede?

—Ya sabes lo que tengo, David — replicó él, huraño—. Cada vez, cada instante, siento mayor ilusión por conocer el mundo, por desa-

fiar la muerte y gozar de la vida aventurera de que tú gozaste.

—Eres muy joven, Pablo... Y la vida a que aspiras ofrece muchos peligros y muy crueles



—Eres muy joven, Pablo... Y la vida a que aspiras ofrece muchos peligros...

desengaños. Ya ves, yo me marché y he vuelto... con el alma destrozada.

—Las incertidumbres del más allá son las que me atraen — insistió Pablo—. ¡Déjame marchar!

David tuvo un momento de honda desesperación.

—¡Maldita fascinación la del oro — murmuró para sí—, que a todo se sobrepone y contra la que no es posible luchar!

Y, después de unos momentos de silencio, adoptando una resolución en la que se adivinaba que dejaba jirones de su alma, declaró, dirigiéndose a su hermano:

—Cúmplase tu gusto. Vuela en busca de esas aventuras por que suspiras y no olvides que aquí te aguardo pensando sólo en volver a recobrarte.

Pablo estrechó a su hermano entre sus brazos, loco de alegría.

David, pausadamente, sacó de un armario la bolsa de sus ahorros y se la entregó a Pablo diciéndole:

—Aquí tienes cuanto poseemos. Llévatelo y que Dios te proteja. Yo nada necesito no te niéndote a ti.

Después, alargándole su propia pistola a la que nunca abandonaba, añadió:

—Esta arma fué mi compañera en Texas. Que sea también la tuya en esa vida aventurera que tanto ambicionas. Y, ten en cuenta, que a nadie, por fútiles motivos, debes quitar la vida. Pero, ante todo, defiende la tuya.

Pablo, radiante de entusiasmo, aceptó aquel precioso donativo, afirmando:

—Te juro, David, que seré digno sucesor tuyo y que sabré salir victorioso como tú de los más grandes peligros.

Al amanecer, partió Pablo hacia aquel mundo desconocido, cuyo mágico prisma de tal modo había deslumbrado su fantasía juvenil. Hasta el límite de la amplia llanura donde el rancho de los Scalon se asentaba le acompañó David. Los hermanos se abrazaron, sin hablar palabra, al despedirse. Y el nuevo aventurero emprendió su ruta, fijos los ojos en la lejana línea del horizonte detrás de cuyos tintes rosados de alborada le esperaba el misterio de lo desconocido.

III

Entre atalayas de gigantescas rocas, en el corazón del atrayente país de los buscadores de oro, se alzaba un aglomerado de humildes viviendas que formaban la naciente ciudad de Santa Isabel, cuyos cimientos y cuyo desarrollo se debían a la afluencia constante de los ilusionados que hasta la comarca llegaban soñando con los favores de la diosa Fortuna.

En aquellas montañas, en un altozano desde el que se dominaba por entero el panorama de

la ciudad y el de los altos picos que la guarecían, hacía un año que Pablo Scalón estableció su campamento, dedicándose con ahínco desde la salida del sol hasta que la noche se elevaba como un fantasma de sombras, de las hondas barrancadas, a descubrir el tesoro escondido en aquella cerrada arca de pizarras y granito.

Durante aquellos doce meses, el animoso joven había trabajado infatigablemente, convencido del éxito de su empresa y escudriñando las profundas cavernas de las rocas y sondeando el fondo sin término de los abismos.

Al fin, un día, su constancia y su optimismo obtuvieron el premio merecido.

Pablo halló al fin lo que buscaba. Ante sus asombrados ojos surgió la veta codiada, reveladora de un gran yacimiento de precioso metal.

Justo es reconocer que la alegría de su triunfo aumentó pensando en la satisfacción del hermano lejano al recibir la noticia lisonjera. Sin pérdida de momento se apresuró a comunicárselo en la siguiente carta:

Querido hermano:

¡Al fin obtuve la victoria! He encontrado una verdadera montaña de oro. Y, por si esto no era bastante, una mayor e inesperada felicidad ha venido a colmar mi dicha.

Es preciso que vengas, que vengas en seguida. ¡Soy rico y... estoy enamorado. Ella se llama Anita Estrada y es la muchacha más bonita del mundo.

Tu hermano que te quiere,

Pablo

Con la más profunda de las satisfacciones recibió David aquella lisonjera carta del hermano querido y, desde luego, determinó acudir al apremiante llamamiento tan pronto como las faenas de la recolección hubiesen terminado.

Con mayor empeño que nunca se afanó en el trabajo, deseoso de emprender cuanto antes aquel viaje que le prometía la mayor de las felicidades a que podía aspirar: ser testigo de la dicha de Pablo.

Mientras tanto, éste se entregaba por entero a los goces que su buena suerte le había depurado, especialmente a las satisfacciones íntimas y profundas que un amor naciente y ya poderoso brindaban a su ilusionado corazón juvenil.

Aquella muchacha que él reputaba como la más bonita del mundo, era una modesta artista que en el *cabaret* de la Alegría, punto de solaz y esparcimiento de la población de buscadores de oro, triunfaba tanto por su hermosura y simpatía como por las excelencias de su

voz, que sabía entonar con inimitable gracia y delicioso timbre las canciones más en boga.

Anita Estrada frisaría en los veintitres años y era una de tantas víctimas del medio en que desastres de fortuna y temprana orfandad la habían arrojado, antes de poseer la necesaria serenidad y fortaleza de espíritu para sobreponerse y salir puramente victoriosa de los reveses de su destino.

Quizás hubiese llegado a ser una gran artista. Su belleza y las excelencias virginales de voz ineducada eran buenos auxiliares para ello. Pero, forzada a ganarse la vida siendo aún muy joven, la impidieron disponer de medios y de tiempo para proporcionarse las adecuadas enseñanzas.

Cantó en los cafés de California. Rodó por poblaciones de segundo orden y un día llegó hasta aquel rincón apartado de Santa Isabel donde la generosidad legendaria de los buscadores de oro le aseguraba pingües ganancias.

Desgraciadamente, desde el mismo día de su llegada, tuvo la mala fortuna de despertar los apetitos groseros del dueño del *cabaret*, Ben Goring, hombre sensual e impulsivo, que no tardó en adueñarse y esclavizar la voluntad de la pobre artista.

Interiormente, Anita odiaba a su dominador. Pero se sentía impotente para un gesto de gallardía que la librase de su esclavitud. Ade-

más, entre aquellos aventureros rudos o soeces entre los que había de convivir, la protección del temido Goring era una garantía de que no se vería expuesta a más lamentables y frecuentes peligros.

Mas, un día apareció en el salón del *cabaret*, un joven radiante de varonil hermosura en cuyos grandes ojos brillaba la pureza de un alma no contaminada por aquel ambiente de canalla grosería. Anita lo admiró antes de hablarle y quedó prendada cuando él le habló en términos bien distintos de los de cuantos hombres hasta entonces se le habían acercado.

El idilio comenzó y Pablo Scalon no faltó ni una noche al *cabaret* de la Alegría.

Los prolongados apartes de los dos enamorados jóvenes, llegaron a despertar los celos de Ben Goring, quien más de una vez advirtió a Anita que no estaba dispuesto a que nadie le disputase, si no su amor — sentimiento altísimo que él era incapaz de sentir—, al menos su corporal posesión.

Anita, temiendo tanto por ella como por Pablo, prometía renunciar a la amistad y trato de su adorador. Pero cuando él, lleno de entusiasmo, se le acercaba y le repetía las ilusionadas frases que el más sincero amor le inspiraba, no sabía ella cómo rechazarle cuando su corazón y su alma se rendían al amante, temblorosa de emoción.

La noche del mismo día en que Pablo escribió a su hermano dándole cuenta de la fortuna de su doble hallazgo, acudió, como de costumbre, pero más radiante de gozo que nunca, al *cabaret* de la Alegría.

Se acercó a Anita y le rogó en voz baja:

—Es preciso que hablemos a solas. Te espero dentro de diez minutos al pie de la ventana de tu habitación.

No se hizo ella esperar y antes del tiempo convenido ya conversaban los amantes bajo la claridad plateada de la luna.

—He escrito a mi hermano — dijo Pablo a Anita — insistiendo en que venga. Quiero que sea testigo de mi felicidad, que te conozca y apadrine nuestra boda.

Bajó ella los ojos en silencio.

—¿Por qué no me respondes? — inquirió Pablo—. ¿Es que te niegas a ser mi esposa? ¿Fué mentira el cariño que me juraste?

Alzó ella la cabeza y le miró con ojos de infinita ternura.

—No, Pablo. Te juré cariño eterno y hoy renuevo mi juramento. Pero piensa que mi pasado me veda aceptar la dicha que me ofreces.

—Nada me importa tu pasado — afirmó resueltamente Pablo—. Para mí sólo existes desde el día en que comenzamos a querernos. Prométeme que no rehusarás hacerme el más fe-

liz de los hombres. La vida sin ti me sería imposible, Anita mía.

Accedió ella, vencidos sus escrúpulos por la sinceridad del cálido ruego:

—Haré cuanto me ordenes, Pablo, pues Dios es testigo de que te quiero sobre todas las cosas.

Los amantes se separaron y Pablo montó a caballo para regresar a su refugio de la montaña.

Pero el diálogo al claro de luna había tenido el más peligroso de los testigos. Ben Goring vió salir a Anita del salón del *cabaret* y, adivinando donde se dirigía, siguió sus pasos.

Al descubrir el secreto de los dos enamorados y escuchar la mutua promesa que acababan de hacerse, cruzó por su imaginación un esbozo de pensamiento que armonizaba a maravilla con la vileza de su alma.

Tomó un rifle y se emboscó entre unos árboles vecinos junto a los que necesariamente había de pasar Pablo a su regreso. Y cuando el esperanzado joven apareció reflejando en el rostro la alegría que rebotaba de su pecho, el infame disparó sobre su víctima que cayó al suelo mortalmente herido.

Y al cerrar los ojos para siempre, el infortunado Pablo no tuvo más consuelo que la húmeda caricia de su fiel cabalgadura cuyo belfo,

al posarse sobre la frente del caído, puso en ella calor y ternura de beso paternal.

Y, mientras tanto, en el ambiente infecto del *cabaret*, Anita, ignorante de la tragedia que a pocos pasos de ella se desarrollaba, elevaba de nuevo el encanto virginal de su voz acariciadora entre el bramar salvaje de un público envilecido.

III

A los quince días de recibir la carta de su hermano, David, sentado a la puerta de su rancho, decía a uno de sus convecinos que había ido a visitarle:

—Estoy decidido a acudir al llamamiento de mi hermano. Quiero recrearme en su riqueza y conocer a esa muchacha de que tan locamente se ha enamorado.

La conversación quedó interrumpida por la llegada del correo que entregó a David un abultado paquete.

Ya a solas, rompió la envoltura del inesperado envío y su sorpresa no tuvo límites al hallar dentro la pistola que, al partir, entregó a Pablo. A la pistola acompañaba una carta que David se apresuró a leer y cuyo contenido estaba redactado en los siguientes términos:

Señor Don David Scalon.

Muy señor mío: Tengo el sentimiento de notificarle que hemos encontrado el cadáver de su hermano Pablo en las proximidades de esta ciudad de Santa Isabel. Evidentemente se trata de un asesinato. Pero, hasta el momento en que escribo, no ha sido posible descubrir al autor.

Desde luego, continuaré mis pesquisas y quedo a su disposición para cuantas gestiones crea oportunas en el esclarecimiento del lamentable suceso.

Adjunto la pistola que, desgraciadamente, no pudo utilizar el muerto en su defensa.

El Sheriff,

Jim Greshman

Inútil es decir el dolor, la desesperación, que la infausta nueva produjo en el corazón de David. Durante una semana permaneció encerrado en el rancho sin querer recibir a los numerosos convecinos que acudieron a consolarle y a testimoniarle su sentimiento.

Una mañana sin despedirse de nadie y sin dar a nadie conocimiento de sus propósitos, abandonó la hacienda de sus mayores y emprendió el viaje a Santa Isabel.

En la diligencia donde tomó pasaje lo hicieron también varios rudos campesinos que mar-

chaban, a Texas atraídos por la fiebre del oro, y una muchacha bellísima cuyos modales revelaban una esmerada educación.

Bajo el influjo del alcohol ingerido en copiosas y frecuentes libaciones, algunos de los pasajeros intentaron propasarse con la cohibida muchacha. David salió en su defensa y mantuvo a raya a los atrevidos. La desconocida le expresó su gratitud, añadiendo:

—Por si alguna vez puedo serle útil, me es grato anunciarle que poseo el título de doctora en medicina.

Luego, como él mostrase su extrañeza porque una muchacha de sus cualidades emprendiese sola un viaje tan largo y no exento de peligros, añadió:

—He quedado huérfana y voy a ejercer mi profesión a Santa Isabel donde carecen de facultativo, según me han informado, pues yo no conozco allí a nadie.

David comentó, con galantería:

—Siendo usted la encargada de curarlas, estoy seguro de que acaban las enfermedades en Santa Isabel.

La conversación quedó desagradablemente interrumpida. En el camino, cerrando el paso a la diligencia aparecieron cinco enmascarados que, pistola en mano, ordenaron al postillón que detuviese los caballos. Pero los viajeros no estaban dispuestos a dejarse desvalijar im-

punemente y la lucha entre ellos y los bandidos se entabló enconada y terrible.

David saltó al pescante y cogiendo las riendas, fustigó a los caballos que partieron al galope ante el furor impotente de los salteadores.

Cuando el coche hubo desaparecido en una revuelta de la carretera, el que parecía jefe de los otros cuatro, dijo con voz temblorosa de rabia:

—Es preciso ponernos a cubierto de nuestro golpe en falso. Ni el mismo Goring bastaría a librarnos de las represalias del sheriff.

La diligencia llegó al término del viaje conducida por David Scalón. Toda la población de Santa Isabel, enterada ya del asalto de los bandoleros, salió a recibirla.

El sheriff, al felicitar a Scalón por su bravo comportamiento, le miró fijamente y, luego, exclamó:

—¡Caramba! ¿Quién había de sospecharlo? Tú eres mi antiguo compañero en Río de Oro, el famoso Tom Clark.

David cogió al sheriff de un brazo y le indicó que deseaba hablarle reservadamente.

Ya en el despacho oficial, el jefe de policía insistió:

—Verdaderamente me has dado una sorpresa, Tom. Yo te hacía aún en Río de Oro causando el espanto de las gentes inofensivas y siendo el terror de todos aquellos valientes.

—Estaba cansado de la vida aventurera — replicó David — y necesitaba volver a las costumbres sencillas de mis antepasados. Desgraciadamente, el destino me lanza de nuevo a mi antigua existencia.

Luego, en tono confidencial, añadió:

—Además, hora es ya de que lo sepas, querido Jim. Mi verdadero nombre no es el que usó el famoso aventurero de Texas. Me llamo David Scalon y, en la actualidad, soy un pacífico labrador.

Y alargando al sheriff la carta recibida en la que se le notificaba el asesinato de su hermano, indagó:

—¿Conoces algo acerca del contenido de este escrito?

—¡No he de conocerlo! — repuso el sheriff después de echar una rápida ojeada sobre el papel que se le presentaba—. Yo mismo fui quien lo redactó.

—Entonces, sabiendo que mi verdadero nombre es David Scalon, adivinarás a lo que he venido. Es preciso descubrir al asesino de mi infortunado hermano y hacer justicia a su memoria.

El sheriff advirtió:

—Tu hermano fué asesinado en las proximidades del *cabaret* de la Alegría, pervertido por la peor gente de Santa Isabel entre la que las delaciones a la justicia suelen cas-

tigarse con la muerte del delator. Esto dificulta el descubrimiento del asesino.

Aquella misma noche, David se presentó en el *cabaret* de la Alegría.

Pocos momentos después de tomar asiento junto una de las mesas vacías, oyó que alguien decía a su lado:

—Ahí está Anita Estrada. Al fin tendremos música y podremos divertirnos.

David volvió rápidamente los ojos hacia la aludida. ¡Anita Estrada! Aquella muchacha con la que el desgraciado Pablo se mostraba tan enamorado. ¡Una artista de *cabaret*!

Sin embargo, desechando, por el momento, otra clase de consideraciones, David sólo pensó que Anita, si efectivamente quiso a su hermano, había de ser la mejor aliada para vengar su muerte.

Hizo que un camarero rogase a la artista que se acercase a su mesa. Después de invitarla cortésmente a tomar un refrescante, la interrogó:

—¿Es cierto, como aseguran, señorita, que Pablo Scalon estaba locamente enamorado de usted?

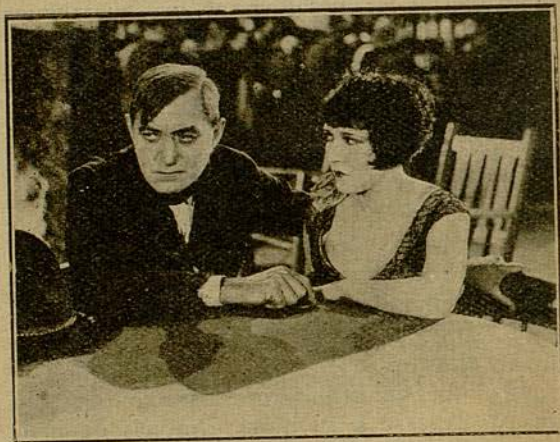
Ella le miró con desconfianza y preguntó a su vez:

—Y, a usted ¿qué puede importarle eso?

—¡No ha de importarme, señorita! Figú-

rese que yo soy David Scalon, hermano de Pablo.

Anita palideció intensamente y sus ojos se bañaron de lágrimas. Después, con sus dos



—...*Mi presencia ya no puede devolverle la vida. Pero he venido a vengar su muerte.*

manos, estrechó fuertemente la que David le alargaba mientras decía con temblorosa voz:

—Me hablaba mucho de usted. Quería que fuese testigo de su felicidad. ¿Por qué ha venido tan tarde?

También una lágrima brilló en las pupilas

de David que confirmó con tembloroso acento:

—Cierto. Mi presencia ya no puede devolverle la vida. Pero he venido a vengar su muerte. ¿Quiere ayudarme? ¿No sabe quién puede ser el asesino?

Anita vaciló unos instantes. Después, afirmó con insegura voz:

—Saber, no. Sospechar... sospecho de Goring, el dueño de este *cabaret* y tirano de mi persona.

IV

El éxito de María Charmette, la doctora en medicina que acompañó a David Scalon en su viaje a Santa Isabel, fué completo.

Hay que reconocer que a este triunfo contribuyó más la belleza que la ciencia.

Los *enfermos* acudían sin cesar a casa de la doctora deseosos de ser reconocidos por ella, en la certeza de que sólo el roce de sus blancas y diminutas manos había de proporcionarles milagrosas curaciones.

David Scalon se fingió también víctima de grave dolencia con el fin de volver a ver a su compañera de viaje.

Pero como los clientes aguardaban, la entrevista no pudo prolongarse y el *paciente* rogó a la doctora que aquella tarde le esperase a

la orilla del río con objeto de completar la *consulta*.

Antes de acudir a ella, David visitó al jefe de policía, al que comunicó que sus pesquisas iban por buen camino y esperaba reunir las pruebas necesarias para acusar públicamente al asesino de su hermano.

Luego, fijándose en las paredes del despacho del sheriff, le dijo:

—Veo que tienes una magnífica colección de retratos de bandidos, ilustrados con la filiación correspondiente. Quizás alguna de esas proclamas, sustituyendo el retrato del interesado por el mío, pudiera serme de gran utilidad.

Y se llevó la que más indicada le pareció para sus propósitos.

Su entrevista con la doctora fué muy breve y a ella acudió armado hasta los dientes.

Cuando ella le preguntó a qué se debía aquel lujo de instrumentos de muerte, él se limitó a responder mientras montaba a caballo:

—Voy a una excursión peligrosa en la que he de emplear varios días. A mi regreso nos veremos.

Y alejóse al galope.



Entre los múltiples e inconfesables negocios a que Ben Goring se dedicaba, figuraba el de

capitán o jefe de aquellos cinco bandidos que asaltaron la diligencia en el camino de Santa Isabel.

Aquella tarde se hallaba reunido con sus secuaces en el refugio que poseían en la montaña.

—Una vez realizado este negocio — les decía — podremos retirarnos a la vida honesta. Tendremos oro suficiente para vivir como príncipes el resto de nuestros días.

La interesante conferencia quedó interrumpida por la inesperada presencia de David Scalon a quien ninguno reconoció.

—Ustedes perdonen — dijo el recién llegado —. He corrido todo el día por la montaña y estoy cansadísimo. ¿Podría pasar aquí la noche?

Goring replicó con violencia:

—Aquí no pueden pernoctar los desconocidos. Esto no es ningún hotel.

David, sin demostrar haber entendido el verdadero significado de aquellas palabras, se echó tranquilamente al suelo, afirmando:

—No se preocupen. Estoy acostumbrado a dormir en el duro lecho de las rocas.

Aquel estudiado descaro colmó la paciencia de los bandidos. Se arrojaron sobre Scalon y lo ataron fuertemente. Pero uno de ellos, al registrar la chaqueta del prisionero, encontró una proclama policiaca en la que apa-

recía el retrato del inesperado visitante bajo el siguiente epígrafe:

Señas personales y fotografía del terrible bandido apodado "El rey de Texas".

Aquel descubrimiento devolvió a David todo



...al registrar la chaqueta del prisionero encontró una proclama policiaca...

el prestigio perdido. Fué desatado inmediatamente y el propio Goring le invitó a tomar parte en el negocio sobre el que a su llegada se ocupaban los bandidos y que no era otro

que el asalto del Banco Nacional, acordado para aquella misma noche.



David recibió una herida en la cabeza...

—Acepte — insistieron todos—. Será nuestro compañero, el séptimo bandido.

David aceptó.

V

El asalto del Banco fué un fracaso. David recibió una herida en la cabeza y fué conducido en grave estado al refugio de la montaña, mien-

tras uno de los bandidos se apoderaba de la doctora Charmette y la conducía al lado del moribundo.

María quedó asombrada al reconocer en el



María quedó asombrada al reconocer en el bandolero herido, a su compañero de viaje...

bandolero herido a su compañero de viaje a quien creyó persona de toda honorabilidad.

Goring, acompañado de Anita, llegó también al refugio huyendo de la persecución del sheriff.

David pudo conversar con ella a solas.

—Vaya al encuentro de Goring — le dijo — y asegúrele que no soy el hombre que se figura, que soy David Scalon y que vine aquí



—...Pero Cayena, que se hallaba prevenido, rechazó la agresión y, no obstante su grave estado...

con el propósito de vengar la muerte de mi hermano. Del efecto que le produzcan estas palabras, deduciré si son fundadas nuestras sospechas.

La estratagema dió el resultado apetecido. Goring, temiendo las represalias del hermano

de su víctima, intentó deshacerse de David. Pero éste, que se hallaba prevenido, rechazó la agresión y, no obstante su grave estado, consiguió dar muerte a su rival.

Después de aquella tragedia, David Scalon sufrió una honda crisis que puso su vida en inminente peligro. La lesión de la cabeza había afectado a los nervios ópticos y todos creían que si el herido se salvaba quedaría irremisiblemente ciego.

Sin embargo, la ciencia de la bella doctora supo vencer los peligros y David pagó su deuda de *cliente* con lo que ella más ambicionaba: con un amor inquebrantable que nació el día de su primer encuentro y se fortificó en el curso de la obligada asistencia facultativa.

F I N

El sábado día 27, aparecerá el

NÚMERO EXTRAORDINARIO

de

La Novela Semanal Cinematográfica

La grandiosa novela

LA SANGRE MANDA

POR **LON CHANEY**